

El trágico arte de escribir sin tinta

Paulina Rivero Weber



Escena de un banquete en la decoración de una crátera griega

*Para Carmen Gutiérrez de Velasco,
in memoriam*

...no es difícil, atenienses, evitar la muerte, es mucho más difícil evitar la maldad; la maldad, en efecto, corre más de prisa que la muerte. Ahora yo, lento y viejo, he sido alcanzado por la más lenta de las dos: la muerte. En cambio los que me han condenado, temibles y ágiles, han sido alcanzados por la más rápida: la maldad.

Sócrates

Ante una muerte injusta y violenta no hay consuelo posible, pero el dolor hace surgir la necesidad de hacer algo, por mínimo que sea. Y para aquél cuyo oficio consiste en pensar, el dolor suele llevarle a hilvanar un razonamiento con otro y le conduce a la elaboración de una postura propia desde la cual poder asumir ese dolor. Contaré, pues, una historia clásica de una muerte inmerecida, para concluir con una reflexión sobre lo que queda al final del día cuando un inocente recibe una muerte violenta a cambio de una vida de entrega amorosa al trabajo y a la sociedad. Porque algo muy im-

portante permanece después de una muerte injusta, algo que se mantiene y espera para ser mostrado a la vista de todos aquellos que quedamos mudos de rabia y de dolor: tal es también el caso de la mujer a quien está dedicado este escrito. Escuchemos lo que nos dice esa clásica historia.

Se cuenta que el viejo y sabio maestro llevaba días esperando la muerte en una cárcel de Atenas. Este hombre, de casi setenta años, había dedicado su vida a la enseñanza del pensamiento crítico en su ciudad, sin pedir nada a cambio. Y, sin embargo, la condena a muerte se había consumado con doscientos veinte votos a favor frente a doscientos ochenta y uno en contra, y con ello los atenienses condenaban a muerte a una de las figuras más polémicas de la humanidad. Pero el Estado, que al igual que el resto de la población vivía inmerso cotidianamente en su propia mitología, no podía proceder legalmente con la ejecución de Sócrates

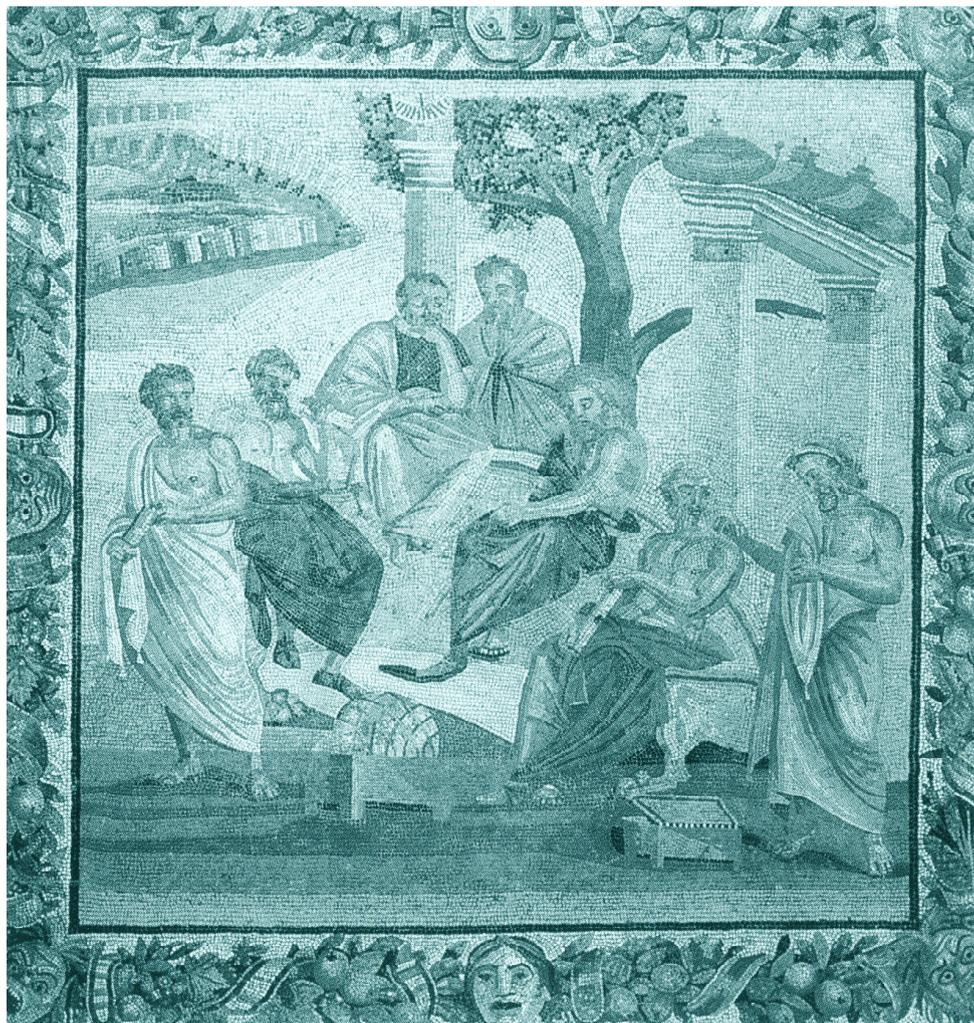
hasta que regresara la nave que cada año salía de Atenas hacia Delos. Fueron esos días los que los discípulos de Sócrates aprovecharon para acudir diariamente a charlar con el maestro; esgrimían en cada plática diversos argumentos para convencerle de huir y evitar la muerte.

Una mañana los discípulos socráticos llegaron más temprano de lo habitual, la nave de Delos había regresado y Sócrates tendría que ser ejecutado ese día. Era pues, la última oportunidad para estar con él y así lo hicieron Critón, Fedón, Simmias y Cebes, entre muchos otros. Platicaron de la vida, de la muerte y de lo que sucede al cuerpo y al alma durante la vida y durante la muerte; esa plática quedó registrada posteriormente en el *Fedón* de Platón. Esa obra, aunque está fuertemente aderezada por la concepción platónica del cuerpo y del alma, nos brinda una idea de cómo aconteció la muerte de Sócrates.

Pero, ¿porqué seguir hoy recordando aquel día? Veamos a qué se debe que sea tan profundamente significativa la muerte de Sócrates y qué nos hace ver de otras muertes igualmente injustas. De entrada podemos asegurar que Sócrates siempre ha significado más de una sola cosa. Pero *grosso modo* existen dos sentidos fundamentales en que ha sido interpretada su personalidad, ambos opuestos el uno del otro. Hay quienes —como Nietzsche— han visto en él al frío racionalista que inicia la decadencia de una cultura intuitiva, libre y artística, echando a andar con ello una nueva etapa de la humanidad: el inicio del cientificismo y el racionalismo occidental. Hay quienes en cambio encuentran en Sócrates al auténtico adalid iluminista, al filósofo que ejerce el pensamiento desde la vida misma, que a pesar de saber pensar, fue intuitivo y a ratos místico: ven en él al paradigma de la búsqueda del bien y de la verdad.

Parte del legado que recibimos de Eduardo Nicol tiene que ver con una cierta forma de comprender lo que implica este conflicto, no es gratuito que se interprete a Sócrates en esos dos sentidos; en ello se juega algo más que la mera figura de un pensador, en ello está en tela de juicio toda una idea de lo que el ser humano es: toda una idea del hombre. Porque cada pensador ha interpretado a Sócrates desde una concepción previa de lo que es y de lo que vale la vida, y de lo que es y de lo que vale la capacidad humana de razonar.

Podemos ver las capacidades racionales como una fuerza opuesta a los instintos vitales, para tensar así la relación vida-instintos y concebir a éstos últimos como el aspecto más “auténtico” del ser humano. En ese caso, ciertamente Sócrates aparece como un decadente que racionaliza excesivamente la vida en lugar de simplemente vivirla. La consigna antisocrática que un



La Academia de Platón, mosaico romano

pensador como Nietzsche esgrimiría diría más o menos lo siguiente:

la vida merece ser vivida tan sólo por el hecho de vivirla, y el análisis racional que hagamos de la misma no le agrega ningún valor: vale la pena vivir, simplemente para vivir.

Si en cambio comprendemos la capacidad racional como un punto luminoso frente a la locura o al oscurantismo religioso, entonces Sócrates se nos presenta como el heroico padre de la filosofía que cierra el camino a la ignorancia y a la superstición.

La consigna auténticamente socrática sería “la vida merece ser vivida para pensarla, para analizarla y, sin tal género de examen, no merece ser vivida”. Esta afirmación la encontramos en boca de Sócrates en el diálogo más socrático que poseemos: *La Apología* de Platón.

Este conflicto entre esas dos formas de interpretar a Sócrates ha continuado por milenios y se le conoce como “el caso Sócrates”. La cuestión central en él es que la capacidad humana de razonar puede en efecto ser ambas cosas: por un lado, puede ser el instrumento de represión contra la sensibi-

Sócrates no requería escribir con tinta para hablarle a la humanidad, porque filosofar para él no era escribir con tinta en papeles, sino escribir en la historia con su propia vida...

lidad, la intuición, el instinto y contra todo lo que desborde la pura razón y, por el otro, la razón puede ser vista como el punto luminoso que en más de una ocasión ha salvado a la humanidad de las supersticiones y de los más diversos fanatismos y supersticiones.

La realidad es que todo depende del uso o del abuso que se haga de la razón y de la forma en que se le ubique con respecto a los aspectos no racionales del ser humano. Porque, evidentemente, somos un ser compuesto por algo más que la sola razón; el instinto, la sensibilidad y la intuición son aspectos que no pueden ser lateralizados en la valoración del ser humano. El ser que somos es una unidad en la que los múltiples aspectos que le conforman pueden encontrar un lugar y una expresión. Lo que sucede es que cuando ciclópeamente priva un solo aspecto —sea la razón o cualquier otra faceta— el desajuste y la falta de armonía resultan inevitables. Tenemos así que la irracionalidad, ya sea intuitiva, sensitiva o instintiva es fundamental en el proceso creador del artista o del filósofo, pero pueden conducir a la destrucción si no se ubican correctamente. Y la racionalidad por su parte puede ser un principio ordenador de la vida, pero puede también ser un medio para vanamente intentar reprimir todo aquello que, por no ser racional, se le considere incorrectamente como bajo o indigno.

Así, la recuperación y valoración de los aspectos irracionales de la existencia y de la

filosofía ha resultado evidente después de Nietzsche y de Freud. No todo lo irracional es innoble o bajo, como lo pensó Nietzsche, y hay más nobleza en los instintos humanos y en el propio cuerpo que en los más finos y elaborados pensamientos. El cuerpo manda, pues, aún cuando se le reprima, sigue gobernando nuestro ser por medio de *lapses*, de supuestos olvidos, de sueños que denuncian las verdades ocultas de nuestro ser o a través de enfermedades que se imponen como el dictamen de un juez infalible.

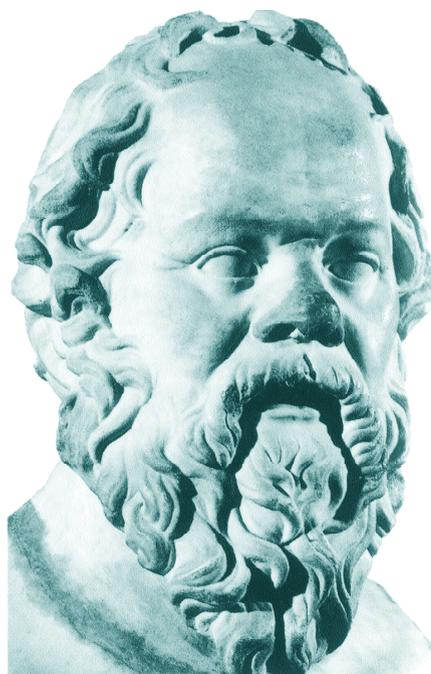
Pero, por otro lado, en estos tiempos no basta con revalorar los aspectos irracionales de la existencia, pareciera ahora necesaria una revalorización de los aspectos racionales. La revalorización nietzscheana de los instintos conlleva un cierto desprecio a la misma razón y, como ya lo he mencionado, no todo lo racional es innoble o bajo. El ser humano es un ser racional aunque hoy —junto con Nietzsche— se reconozca que esa definición es absolutamente incompleta e insuficiente no por ello deja de mostrar una parte importante del ser que somos. Y por eso cualquiera que pretenda separar la razón humana de la vida instintiva y pretenda medirlos o compararlos, tendrá que lidiar con un conflicto insoluble.

No es posible valorar la vida instintiva del ser humano ni en menos ni en más que la razón pues al hacerlo contamos ya con elementos propios de la razón. No es factible separar la razón de la vida instintiva porque el ser humano es ambas cosas y, al valorar una u otra, están presentes ambas facetas. El reto consiste en cómo lograr que el uso de la razón no margine los instintos, ni la sensibilidad ni la intuición. Porque resulta imposible entender un fragmento del propio ser a solas; la razón misma contiene elementos irracionales que la originan, la alientan y la inspiran, y se ilumina cuando sabe de su fuente.

Con lo anterior en mente, podemos volver sobre nuestro análisis de la muerte injusta. La interpretación nicoleana de la figura de Sócrates insiste en ver en él la armonía entre los aspectos racionales e irracionales del ser humano. Para Nicol, el método socrático es un camino de vida y no una lógica, por eso “el hecho capital es que no escribiera nada”. Podíamos, con base en lo anterior, afirmar que seguimos recordando, después de más de dos mil cuatrocientos años, la vida y la muerte de un hombre que nunca escribió nada porque escribió sin tinta, escribió con sus actos. Y es precisamente ese testimonio —el no haber escrito nunca nada— lo que nos habla de la coherencia interna en su vida: lo que en otros filósofos es coherencia lógica entre un pensamiento y otro, en él es la coherencia vital del individuo entre su vida y su pensamiento.

Sócrates no requería escribir con tinta para hablarle a la humanidad, porque filosofar para él no era escribir con tinta en papeles, sino escribir en la Historia con su propia vida, con su ejemplo. La filosofía era para él un cierto modo de vida y su escritura era su vida misma: escribió con su vida. En ese sentido no escribió porque no consideró que la filosofía tuviera algo que ver con el hecho de *escribir*; la filosofía, para él, tenía que ver más bien con un cierto modo de *vivir*. En ese sentido para Sócrates la razón filosófica y la vida conformaban una unión armónica, una conjunción y no una disyunción.

¿En qué consiste esta escritura vital, esta forma de vida socrática? ¿Cómo saber qué cosa es el socratismo, si Sócrates no dejó por escrito idea alguna? Lo esencial de la enseñanza socrática podemos comprenderlo en la *Apología* platónica que nos permite ver cómo Sócrates defiende sus ideas —y sus ideales— al ser juzgado por los atenienses, deja claro en ella que su sa-



Sócrates

La coherencia en el arte de escribir sin tinta suele tener como punto final la muerte inocente de quien deja la vida sin haber dañado nunca a nadie.

«Mientras lo juzgaban... Platón subió a la tribuna y dijo: "Aunque soy el más joven, ciudadanos de Atenas, de cuantos han subido a esta tribuna..." Pero los jueces se pusieron a gritar: "¡Baja, baja...!" Así, Sócrates fue condenado por una diferencia de 281 votos. Como los jueces trataban de determinar qué multa debían imponerle, él se declaró dispuesto a pagar veinticinco dracmas... Y como los jueces armaron revuelo por esto, añadió: "Por lo que he hecho, considero que el Pritaneo debería acogerme." Y entonces ellos lo condenaron a muerte por una mayoría que se incrementó en ochenta votos. Se le envió a prisión y pocos días después bebió la cicuta después de numerosas y bellas conversaciones que Platón recoge en el Fedón.

»Apenas muerto Sócrates, los atenienses se arrepintieron, cerraron las palestras y los gimnasios y condenaron a los acusadores de Sócrates, a unos al exilio y a Melito a muerte. Honraron a Sócrates con una estatua de bronce, obra de Lisipo.»

(Diógenes Laercio)



biduría consiste en un cierto conocimiento de lo humano, una sapiencia o ciencia del hombre. No se trata pues de una teoría concreta, clara y distinta, sino de una especie de humanismo práctico que nos dice que no se nace siendo humano: *a lo largo de una vida se aprende o no se aprende a ser un ser humano*. En ese sentido nace como un conjunto de posibilidades, de potencialidades; puede crecer o decrecer, ennoblecerse o vulgarizarse; no se nace con una forma de ser específica; uno llega a ser quien es a lo largo de la vida. Precisamente porque necesitamos aprender a ser requerimos maestros en tal arte. Sócrates es el maestro de esta *techné*, de ese arte para ser humanos.

Rechazó la oferta de seguir viviendo a cambio de dejar de lado aquello que le llevaba a ser quien era: rechazó vivir a cambio de dejar de filosofar. Cuando recibió esa oferta, respondió: "mientras tenga aliento y pueda, no dejaré de filosofar". Pero no lo hizo porque considerara que la vida sólo valía la pena para filosofar, sino porque creía que la vida propiamente humana y su disfrute inmediato era de hecho inseparable de la capacidad de pensar. El ser humano es aquél que al pensar siente y no puede evitar al sentir, pensar.

No se trata entonces de una aceptación de la muerte, ni de una especie de suicidio,

Sócrates sabía perfectamente que su muerte era una injusticia. Pero ¿qué valoraba entonces en eso?, ¿qué encontraba en esa injusticia?, ¿porqué bebió la cicuta? Cuenta una historia que el día de su ejecución, después de charlar con sus alumnos sobre las posibilidades de la vida después de la muerte, llegó su esposa Jantipa y llorando le dijo: "¡Sócrates! ¡Vas a morir condenado injustamente!" y el irónico sabio le respondió: "¡Mujer! ¿Acaso preferirías que muriera condenado justamente?" Y ahí está la respuesta. Sócrates sabía que le había alcanzado la maldad de otros, moría a manos de otros, pero no moría siendo malo, moría siendo inocente. Su muerte manchó para siempre a aquellos que lo condenaron, pero no lo manchó a él, murió siendo limpio.

La coherencia en el arte de escribir sin tinta suele tener como punto final la muerte inocente de quien deja la vida sin haber dañado nunca a nadie. Quienes abandonan este mundo padeciendo la injusticia y recibiendo un mal a cambio de haber hecho un bien, dejan una herida incurable no sólo en el alma de aquellos que les amaron sino en la misma historia de la humanidad. La trágica tensión con que se viven estos acontecimientos deja el alma contrahecha, desgarrada ante la impotencia de la injusticia. El único consuelo para

los que quedan es el de saber que aquél que muere recibiendo un daño injusto muere limpio y sólo por eso su vida queda ahí para siempre, para ser comprendida, llorada y, sobre todo, valorada e imitada como el más auténtico ejemplo de grandeza y de humanidad.

Ante la deshumanización característica de nuestros días, ciertas figuras son paradigmáticas. Esta deshumanización siempre ha sido un peligro latente, es verdad que no es nada nuevo, sólo que hoy en día se ve acrecentada por diversos factores entre los que tienen un primer puesto la sobrepoblación y el avance de los conocimientos tecnológicos. Ambos factores se ven agravados por el constante decaimiento del interés por las humanidades, Sócrates simboliza el humanismo, ciencia que nos enseña a ser humanos, a acrecentar aquellos aspectos que nos dan propiamente nuestro ser de *seres humanos*.

Los universitarios y los mexicanos que conocimos a Carmen Gutiérrez de Velasco sabemos que ella perteneció a ese género que, como el viejo maestro, son figuras-paradigma por haber llegado a ser auténticos seres humanos. Su vida queda para siempre presente como un ejemplo de lo que una mujer puede llegar a ser cuando entrega su vida al trabajo con amor y honestidad. ■